



## Jornadas del Emperador Carlos V en Palencia\*

---

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores; Señores Académicos; Señoras y Señores:

Sean las primeras palabras—deben serlo—de reconocimiento a la Institución Tello Téllez de Meneses por la confianza en mi depositada al designarme su portavoz en esta solemne apertura de las tareas académicas. Consciente de la responsabilidad que el encargo recibido entrañaba, fué mi preocupación primera buscar tema apropiado para ser desarrollado aquí. Ese tema, lógicamente, había de tener carácter histórico, ya que en el seno del Centro de Estudios Palentinos estoy encuadrado en la sección de Historia y Archivos. Ahora bien, elegir un tema histórico que ineludiblemente ha de referirse a una circunscripción geográfica limitada—en este caso una ciudad y su provincia—no es nada sencillo. Fácilmente se puede uno deslumbrar férvido de devoción local y proponerse un imposible; esto es, hacer historia de un motivo que sólo pueda dar lugar a anécdotas intrascendentes. Y sobre anécdotas intrascendentes, cualquiera que sea la vetustez y autenticidad de las mismas, es irrefutable que no se puede levantar una construcción verdaderamente histórica. Receloso, pues, de incurrir en lo pintoresco, me planteé yo el problema de tema a elaborar. Y al fin, entre varios que «a priori» consideré adecuados, seleccioné el que voy a exponer movido un tanto por razones personales de orden afectivo. Me explicaré. A lo largo de los ocho años cumplidos que vengo desempeñando una cátedra en este Instituto de Palencia, siempre que en mis lecturas sobre el Imperio de Carlos V topaba con alguna referencia, cualquiera que fuese su índole, relativa a la ciudad o a la provincia que paulatinamente iba sintiendo como más mías, un impulso ciego me llevaba a anotarla minuciosamente. De este modo, esporádicamente, fuí reuniendo una serie de fichas, tomadas unas de documentos de archi-

---

\* Discurso leído con ocasión de la apertura del curso 1950-1951 en la «Institución Tello Téllez de Meneses».

vo, otras de cronistas contemporáneos y algunas de monografías modernas que el azar ponía en mis manos. Nunca se me había presentado oportunidad para ordenar y dar vida a esas heterogéneas papeletas en cuya confección había intervenido un calor no habitual en faenas de erudición; nunca se me había presentado oportunidad, digo, hasta ahora. Torpe hubiese sido, pues, desaprovechar ésta, siendo tan excepcional y tan grata. Por eso, recalco, entre otras cuestiones que se brindaban repletas de alicientes para ser tratadas en una disertación, escogí las jornadas de Carlos V en Palencia.

Sin querer he puesto al descubierto la tramoya de la representación antes de comenzar. Porque confesado implícitamente queda que mis búsquedas no han sido sistemáticas. Ciertamente que las fuentes utilizadas son de primerísima calidad, y por lo tanto la luz que proyectan sobre los parajes tan poco explorados que se van a recorrer dá seguridad absoluta de que el camino seguido es el verdadero; mas con todo nadie vea un estudio definitivo en lo que simplemente es un esbozo, un ensayo, o si se prefiere el modismo germano de uso más frecuente y de significación más precisa, imposible de traducir, un «beitrag».

### **La corte andariega. Séquito grandioso; el grupo de humanistas**

Hora es ya de entrar en materia. Se ha dicho de Carlos V que jamás hombre alguno señoreó territorios más extensos y apartados; jamás tampoco soberano alguno—puede añadirse—se consagró con la integridad que él al oficio de gobernar. Se le podrá tachar de no haber comprendido la grandeza y el porvenir de América y de haber abandonado su conquista al Consejo de Indias y a la Casa de Contratación, así como a la iniciativa privada de los heroicos capitanes que España prodigó por entonces; mas en lo que atañe a Europa, allí donde surgía un conflicto o apuntaba una dificultad, allí acudía presoroso Carlos V con ánimo de aportar la conveniente resolución. Su reinado, del comienzo al fin, es un viaje ininterrumpido; viaje en el que las estancias, los altos, raramente se computan por meses. En este constante ir y venir por Flandes, España, Italia, Alemania y Austria, con dos expediciones a Africa, cuatro veces surcó Carlos V tierras palentinas, y en tres de esas ocasiones, descansó, con demora inusitada, en nuestra ciudad.

Como a la sazón el absolutismo monárquico era el régimen político que por doquier se consolidaba, Carlos V siempre se movía acompañado de un séquito inconmensurable, séquito que comprendía desde los grandes dignatarios palatinos hasta los sirvientes más humildes, pasando por consejeros, ministros, secretarios, embajadores de naciones extranjeras, toda una multitud de funcionarios perfectamente jerarquizados, y, además, ese mundo de solicitantes y gentes de negocios—sin faltar una representación de las grandes bancas y firmas comerciales— que suelen agitarse en torno de los príncipes poderosos. El lugar donde caravana tan imponente se estacionaba podía considerarse como la capital del Imperio Carolino; a ese lugar acudían correos y emisarios procedentes de toda Europa; emisarios y correos partían de ese lugar, en sentido contrario, para Europa toda. Mas semejante honor tenía una contrapartida: la ciudad donde Carlos V paraba era sin tardar víctima de una colosal subida de precios y de la escasez agobiante de subsistencias y alojamientos. Palencia, repito, reiteradamente experimentó la gloria y los inconvenientes de ser la morada pasajera del andariego Carlos V y de su séquito.

En ese séquito numerosísimo figuraba un grupo selecto que por cima de sus respectivos quehaceres oficinescos cultivaba con fruición las actividades intelectuales que el Renacimiento había puesto en boga. Esos humanistas—tal es el apelativo que les cuadra—gustaban de curiosear en el trato de las personas no vulgares de cuantos sitios recorrían el grado y la naturaleza de las inquietudes que en ellas se agitasen. Y el resultado obtenido de la pesquisición, al momento lo solían verter en extensas epístolas, escritas en un latín pulido y suelto, de matiz ciceroniano, las cuales, dentro de la valija diplomática, iban a parar a su lejano destino, Inglaterra, Países Bajos, Alemania, Italia o la apartada Polonia. Algunas de esas cartas singulares se han conservado y están publicadas, y a su través nos es dado penetrar en la intimidad de palentinos conspicuos y descubrir sus palpitaciones. Esos palentinos ilustres, canónigos los más, se nos revelan perfectamente encuadrados en la modalidad renacentista que España alumbró con independencia y alguna posteridad, a la modalidad renacentista surgida en Italia. Hoy sabemos que Jacobo Burckhardt estaba equivocado al aseverar que la cultura italiana renacentista de signo paganizante fué única y avasalladora. Es evidente que frente a esa cultura paganizante de Italia, hubo otra cultura renacentista de matiz cristiano, y que ésta, además, plasmó en España y dió como fruto exuberante la Contrarreforma, que es acción antes que reacción, y su cometido

no se limita a oponerse al protestantismo, sino que aspira a la construcción de un mundo religioso y político mejor (1).

## De Aguilar a Ampudia camino de Tordesillas

Pisa tierras palentinas por vez primera Carlos de Gante, futuro Emperador Carlos V, en el año 1517. Acaba de desembarcar en la costa santanderina después de pésima travesía; venía a España para poseionarse de las coronas de Castilla y de Aragón. Pero antes de nada quería comprobar él mismo si su madre, doña Juana la Loca, realmente estaba incapacitada para ocupar los tronos ibéricos que, en derecho, preferentemente a ella correspondían. Doña Juana moraba en Tordesillas. Y camino de Tordesillas, raudamente, pasó en esta ocasión Carlos por zonas ahora pertenecientes a la provincia de Palencia, inexplicablemente siguiendo una ruta poco frecuentada y de penoso tránsito(2). El itinerario fué éste: procedente de Reinosa, el 22 de octubre de 1517, por Nestar, llegó a Aguilar de Campoo, donde permaneció cuatro días; pasó el 27 a Herrera, y de aquí el 29 a Abia de las Torres; el 30 pernoctó en Revenga, y el 31 en Becerril. En Becerril el día de Todos los Santos hizo Carlos cantar la misa y oficios divinos propios de la festividad, por la mañana, y en su hora asistió a vísperas y vigilias de difuntos; el 2 de noviembre reanudó la marcha, arribando a Ampudia, y el 3 alcanzó Villanubla, ya en la actual demarcación de Valladolid (3). El Conde de Benavente, con trescientos jinetes y los correspondientes clarines y atabales, que se adornaban con los colores de la casa, más varios prelados, aguardaban en las cercanías de la hoy divisoria interprovincial. Carlos de Gante estuvo consecuentemente en territorios palentinos desde el 22 de octubre hasta el 3 de noviembre de 1517.

(1) Es fundamental a este propósito el t. III de *La Iglesia y la cultura en la Edad Media*, de G. SCHNÜRER; hay excelente traducción francesa (París, 1938).

(2) Acaso la explicación de que se prefiriese una vereda desviada, no muy practicable, al camino ordinario, más cómodo de transitar, esté en el propósito del flamenco Chievres de diferir el encuentro del Soberano con el regente castellano Ximénez de Cisneros. Cfr. BRANDI, K. *Carlos V*, traduc. de M. Ballesteros-Gaibrois, Madrid, 1943, página 71.

(3) FORONDA AGUILERA, M., *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, Madrid, 1914, páginas 102-104.

El flamenco Laurent Vitals (1) y otros memorialistas contemporáneos han dejado constancia de múltiples nimiedades relativas al paso del futuro Emperador por los referidos pueblos palentinos. Con prolija enfadosa relatan los cumplimientos hechos al príncipe por el obispo de Burgos a las Puertas de Aguilar de Campoo, donde le esperaba, y el acogimiento que en esa misma villa rindieron a Carlos los señores, prelados y gentileshombres que habíanse adelantado a recibirle, los cuales viéronle entrar caballero y, al parecer, realizando maravillas ecuestres. Sirvieron en Aguilar de alojamiento a Carlos y a su hermana Leonor, que con él viajaba, el mercado y el palacio del marqués titular. No hay suceso, por intrascendente que sea, que no anotasen los cronistas; valga de ejemplo lo que sigue: para festejar al egregio huésped; los habitantes de Aguilar corrieron toros, pero éstos—apuntan meticulosos—fueron mansos, con lo que resultó deslucida la fiesta. Desde Aguilar, Carlos fué a postrarse ante el Cristo milagroso de una ermita próxima. En Herrera el príncipe pasó dos noches en la mansión del señor de la villa, que era muy confortable y, sobre todo, excelentemente situada: dominaba un paisaje atrayente por el que corría un arroyo. En Abia, por el contrario, Carlos moró en una estancia pobre e incómoda. Por eso le resultó doblemente grata su estancia en Revenga, en cierta casa de campo rodeada de foso con agua, que salvaba airoso puente levadizo. Una legua antes de Becerril aguardaba a Carlos el condestable de Castilla, con sus hijos y un nieto, y su hermano el obispo de Palencia. Efectuadas por ellos las reverencias y cortesías de rigor, se unieron a la comitiva, que perfectamente ordenada desfiló suntuosa por las calles de Becerril. En cabeza iban los hidalgos, después la Orden del Toisón de Oro, luego los barones, condes, marqueses y duques, a seguida los trompeteros, heraldos y maceros, el caballero mayor blandiendo la espada de la justicia y, en fin, el rey, que vestía traje de montar, de terciopelo negro acuchillado sobre tisú de oro y se tocaba con gorra adornada con una pluma blanca. A la derecha de Carlos cabalgaba el obispo de Palencia, don Juan de Velasco, con sotana escarlata, bajo un fino sobretodo; y a la izquierda el condestable de Castilla, don Iñigo de Velasco, también ricamente ataviado. Detrás del rey el cortejo continuaba, interminable, con doña Leonor y un sinnúmero de primates españoles y flamencos, éstos en mayoría. Los vecinos de Becerril contemplaron atónitos este magnificante es-

---

(1) *Premier voyage de Charles-Quint en Espagne*, edc. Gachard y Piot, *Collection des voyages des souverains des Pays Bas*, t. III, Bruselas, 1881, pp. 1-314.

pectáculo el día postrero de octubre de 1517, y tres fechas después, aún sobrecógidos, presenciaron la partida de la caravana hacia Ampudia, lugar perteneciente al conde de Salvatierra, donde Carlos fué instalado en el castillo, cuyas murallas de piedra arenisca todavía entonces se erguían robustas. La estación otoñal de aquel 1517 debía ser espléndida en los primeros días de noviembre, pues Carlos y cuantos le rodeaban pudieron plácidamente escuchar la noche transcurrida en Ampudia la sinfonía incomparable que alimañas y reptiles orquestaban con sus trinos penetrantes.

### En cuerpo débil un alma fuerte

Cien noticias más, algunas trágicas, cual la estadística elevada de los cortesanos que deprimidos por la mala navegación y el peor caminar iban falleciendo de etapa en etapa, nos relatan los historiadores. Esos historiadores, en cambio, callan la impresión que el soberano iba produciendo en sus súbditos. ¿Qué pensaron de Carlos los habitantes de Aguilar, Herrera, Abia, Revenga, Becerril y Ampudia? Las fuentes, insisto, observan completo mutismo sobre el particular. Pero a juzgar por la serie de retratos—alguno estupendo—de Bernad Strigel, los palentinos—igual que más tarde el resto de los españoles—debieron cobrar una idea muy pobre de su nuevo rey. En la época renacentista la belleza y la fortaleza eran consideradas como expresión de un ánimo sano y una inteligencia limpia; particularmente tratándose de un príncipe. Es pertinente pensar, pues, que la flaccidez de un mozo de diecisiete años mal llevados, con la mandíbula inferior tan desproporcionada que le obligaba de ordinario a estar con la boca entreabierta, muchacho éste que de añadidura era incapaz de articular una palabra en castellano y se mostraba irresoluto hasta el extremo de no tomar la más liviana decisión sin que Chievres, su mariscal, en cuclillas le soplara al oído lo que tenía que hacer, es natural suponer, repito, que Carlos suscitara en los palentinos—incluso en los de Aguilar que le vieron hacer cabriolas con su soberbia montura, y en los de Becerril, testigos de la imponente parada descrita— un efecto desalentador.

Sin embargo, pese a las apariencias, aquel mancebo pálido y enclenque, silencioso y abúlico, estaba persuadido de ser un elegido a quien la Providencia Divina había confiado un destino sublime. El mancebo de aspecto vacilante que desde Reinosa a Villanubla, igual que antes y después, parecía incapaz de adoptar por sí y ante sí una

norma de conducta, en realidad estaba dispuesto a todo para que la independización estatal de los diversos países europeos, avanzada a comienzos de su siglo, fuese reprimida hasta quedar anulada, y el Occidente, la Cristiandad, volviera a ser un conjunto en el seno del cual los hombres se considerasen como hermanos, sin distinción de naciones ni de razas, enlazados por los vínculos de una misma fe—la apostólico romana—y una misma cultura—la cristiana—, y cuyos jefes máximos fuesen en lo espiritual el Papa y en lo temporal el Emperador Romano Germánico. Estas consideraciones, en 1517, cuando Carlos recorrió de Norte a Sur la provincia de Palencia, difícilmente las hubiera sabido formular de modo preciso y tajante, y menos trasladarlas a medidas concretas y prácticas; pero consta de modo indiscutible que las intuía y eran motivo constante de sus cavilaciones, así como objeto de consultas planteadas a sus más componentes áulicos. Además, estaba de tal modo dispuesto a la realización de lo que en conciencia consideraba su misión suprema, que para él no contaban afectos individuales ni dinásticos, ni tampoco las tendencias privativas de los varios y heterogéneos reinos que sólo para que le sirviesen de medios, pensaba, Dios había dispuesto que recayesen en su persona por derecho de herencia. Para Carlos, antes que las inclinaciones egoístas de sus súbditos españoles, neerlandeses, germanos o italianos estaban los principios altruistas correspondientes a la comunidad europea, a la Cristiandad, cuyo jefe civil aspiraba a ser él.

Precisamente en esa supeditación forzada de lo nacional a lo universal está el principio del movimiento español de protesta, complejo en extremo, mal estudiado y torcidamente por lo común interpretado, que se denomina las Comunidades de Castilla. En apoyo de esta tesis está lo poco que se sabe de lo ocurrido aquí, en Palencia. Los comuneros palentinos no dieron señales de furor hasta que ocupó esta sede episcopal don Pedro Ruiz de la Mota, en agosto de 1520. Pero a partir de entonces los sediciosos se hartaron a cometer demostraciones, y precisamente contra su obispo; la más brutal de esas demostraciones ocurrió a mediados de septiembre, y consistió en ir en son de armas a Villamuriel, lugar que pertenecía a la mitra, y tomar la fortaleza, sin que el miedoso castellano hiciera nada eficaz en su defensa, acabando los insurrectos por demoler e incendiar el reducto, junto con los aposentos (1) ¿Qué razón especial hubo para esa bárbara acti-

(1) FERNÁNDEZ DE MADRID, A., *Silva Palentina*, edic. M. Vielva y R. Revilla, Palencia, 1932-1942, t. II pp. 95 s Fray Prudencio de SANDOVAL (*Historia de la vida y hechos del*

tud antiepiscopal posterior a agosto de 1520? Sencillamente, que en ese mes, el día veinte con exactitud (1), tomó por poderes posesión de la diócesis palentina don Pedro Ruiz de la Mota. Y Ruiz de la Mota habíaregonado a los cuatro vientos en las últimas cortes castellanas, reunidas en La Coruña, que España debía posponer sus aspiraciones privadas en beneficio de la construcción política superior que Carlos, a la sazón ya electo Emperador Romano Germánico, pretendía edificar (2).

### Primera estancia de Carlos V

Mientras en Castilla ardía el incendio comunero, Carlos V estaba ausente de España. Había ido a Alemania para ser proclamado Emperador, y a la vez para ver de reducir a la obediencia de la Iglesia a un fraile rebelde y altivo que se llamaba Martín Lutero. No estuvo largo tiempo fuera de la Península Ibérica. El 16 de julio de 1522 llegaba de vuelta a costas asturianas. Y el 30 entraba en Aguilar de Campoo, de donde por Herrera, Melgar de Fernamental y Amusco, cazando y holgando según señala una relación, arribó a Palencia. En nuestra ciudad fijó su residencia entre el 5 y el 26 de agosto (3). La cancillería cesárea despachó y dató aquí una serie de documentos. Y asimismo en Palencia decretó una medida esperada con ansiedad en Castilla: la suerte de los responsables del motín comunero, vencido en Villalar. Carlos V, rebosante de magnanimidad, de entre los miles, si no millones, de encartados, sobre la mayoría de los cuales pesaba sentencia condenatoria, sólo permitió que fuesen degollados diez o doce (4); respecto a los demás, de momento guardó completa reserva; pero los interesados debieron exhalar un profundo respiro, persuadidos de que el perdón

---

*Emperador Carlos V*, t. I, Amberes, 1681, p. 212) relata que la Junta Santa, desde Valladolid, despachó a Palencia, para dar aquí vigor a la revuelta, a un fraile, la elocuencia del cual consiguió momentáneos éxitos, pero no evitó que los realistas locales se apoderasen de él y le ajusticiaran; esta es la suerte que cabe—comenta el historiador benedictino—a los monjes cuando se entrometen en negocios seculares. Cfr. MEXÍA, P., *Historia del Emperador Carlos V*, edic. J. de Mata Carriazo, Madrid, 1945, p. 171.

(1) FERNÁNDEZ DE MADRID, *Silva Palentina*, t. II, p. 92.

(2) R. MENÉNDEZ PIDAL (*Idea imperial de Carlos V*, Madrid, 1940, pp. 14-16) llama la atención sobre la oración pronunciada en La Coruña por Ruiz de la Mota.

(3) FORONDA AGUILERA, *obra cit.*, pp. 206-209.

(4) MEXÍA, *obra cit.*, p. 316.

no se haría esperar. La ponderada justicia hecha a los comuneros quebró el recelo con que los castellanos miraban al nuevo soberano y su idea cesárea. Si valiera la pena precisar cuándo y dónde comenzó esa radical variación de mutuas relaciones entre Carlos V y España, o por mejor decir entre Carlos V y Castilla, habría que pensar en los veinte días de agosto de 1522 que la corte estuvo en Palencia. Entonces se inicia un doble proceso, rico en consecuencias para la Historia Universal: la incondicional adhesión de Castilla a los proyectos imperiales de Carlos V de una parte, y de otra, la hispanización del propio Carlos V.

### Humanistas palentinos

De Palencia la corte se trasladó a Valladolid, y apenas establecida en Valladolid era expedida a Brujas una carta particular que descubre pista de investigación prometedora. El remitente es un humanista esclarecido, Juan de Vergara, y el destinatario, nada menos que Luis Vives (1). Vergara comunica a Vives que estaba siendo testigo de la admiración que Erasmo de Rotterdam inspiraba a todos los españoles, sabios e ignorantes, eclesiásticos y laicos. Puesto que Vergara acababa de llegar a Valladolid como miembro del séquito imperial, es claro que su experiencia se reducía a la obtenida en Palencia. ¿Efectivamente, los palentinos sabios e ignorantes, eclesiásticos y laicos, eran apasionados erasmistas como asegura Juan de Vergara? Antes de responder a la pregunta formulada hagamos una aclaración. Hoy es notorio que el erasmismo es una posición ideológica que condena la Iglesia; notorio es también que las obras de Erasmo han estado en el Índice mientras fueron peligrosas; pero entre 1520 y 1530, aproximadamente, la situación era extremadamente confusa: para católicos perspicaces, según símil muy corriente, Erasmo era la gallina que puso un huevo al cual empolló Lutero; mas otros católicos —sin duda menos penetrantes— estimaban que el polígrafo nórdico, aunque mordaz y atrevido, merecía al menos ser leído y meditado. Entre ambas opiniones, el Santo Oficio de la Inquisición, al cual competía vigilar por la pureza del dogma, vacilaba sobre el partido a tomar. En 1527 reunió en Valladolid un congreso de teólo-

---

(1) Valladolid, 6 septiembre 1522. «*Mirum quam est abud Hispanos omnes in admiratione, doctos, indoctos, sacros, profanos*». BONILLA Y SAN MARTÍN, A., *Clarorum Hispaniensium epistolae ineditae*, París, 1901, p. 76. El volumen citado es una separata de la *Revue Hispanique*, t. VIII, pp. 181-308.

gos con el cometido de informarse sobre la conveniencia de autorizar o de vedar los libros de Erasmo; los pareceres se dividieron, y a la postre el resultado fué nulo: la asamblea hubo de ser disuelta.

Hecha la advertencia que precede, volvamos a inquirir: ¿decía verdad Vergara al escribir a Vives que en Palencia la afición a Erasmo se extendía patente por todas las clases sociales? Una somera exploración documental revela que Vergara no mentía, aunque era exagerado y no revelaba netamente la realidad. Porque si en Palencia un sector era erasmista, no faltaban los porfiados antierasmistas. El sector erasmista tenía una considerable antigüedad. Palencia fué de las primeras ciudades españolas que conoció la producción literaria de Erasmo. Al menos en Palencia está, fechado el más remoto papel que se conoce conteniendo una alusión al pensador holandés. Trátase de una misiva de G. de Bobadilla, abad de Husillos, al cardenal Ximénez de Cisneros, fecha a 26 de noviembre de 1516. Está en el Archivo General de Simancas (1). El abad en ella se permite aconsejar a Cisneros que para la

(1) Estado, leg. 3, n. 41. «Ilmo. y Rmo. Señor.—Deseo tanto ver del todo salida a luz esta obra tan solenne de la sacra escritura en las lenguas que se haze por V. S. Rma. y por su mandado, que aunque non tenga parecer en ello, por el inmenso fructo que desto pienso yo que ha de reçibir la iglesia de Dios, paréceme que se le haría ofensa non acordar lo que ocurriere para que V. S. Rma. salga con el más alto inçeto que jamás se tentó por la inmensidad de la obra. Ya V. S. Rma. según me scribe, ha visto a Erasmo y su trãduçión sobrel nuevo testamento cotejada con el griego, y aunque yo alcanzo asaz poco, también le he algo revisto, y a la verdad, en todas las partes de buen teólogo y de ser harto doto en lo griego y hebraico, y ser elegante latino, parecido ha a muchos, y aun a mi, que es exçelente persona, y de otras obras suyas lo sabíamos primero. Y puesto que en la publicación ha prevenido a V. S. Rma., creo que podría ser lo mesmo harta más ayuda para que lo de V. S. Rma. salga algo más enucleado; y a esta causa, y para lo del testamento viejo, pareçíame que V. S. Rma. no debería estar sin tal persona como la de Erasmo, y con su parecer y correçión hazer la publicación de toda la obra, y que se le debería comprar su presencia por algún tiempo, que cierto, en tanta universalidad, aunque he visto personas singulares, non he visto cosa igual como ésta, puesta en obra ni más elimada. Véalo V. S. Rma. con su singularísima prudencia e ingenio, y la suma importancia de lo que ha comenzado, porque a mi ver, bien se le podría decir sin atrevimiento que aunque V. S. Rma. aya exçedido a los prelados que ha habido en España en haver hecho más obras insignes por exaltaçión d'estos reynos y de la religión christiana, que la d'este libro livianamente exçede a todas, quanto el fructo es más dell'ánima y más universal en el mundo, y así pareçe más razón de poner en ello más fuerza. Meneses de Bobadilla, mi hermano y servidor aficionado de V. S. Rma., ha ydo a besar las manos al Rey nuestro señor, y con el señor marqués de Aguilar, su cuñado; y su Alteza, como a criado de tanto tiempo de su casa real, le ha hecho algunas mercedes de qu'él trae sus provisiones, y pues aquélla es la voluntad de su Alteza, y mi hermano e yo nos tenemos por criados

edición de la Biblia Políglota, particularmente del Viejo Testamento, le convendría solicitar la colaboración de Erasmo.

En Palencia, hacia 1524, se trabajaba para poner en romance el latín del libro clave de Erasmo, *Enchiridion militis christiani*. El traductor era un canónigo de la catedral, Alonso Fernández de Madrid, arcediano del Alcor; esto es, el mismo que posteriormente compuso la *Silva Palentina*, ese venero de datos y comentarios, cuyo caudal fué enriquecido con un torrente de notas y apéndices por don Matías Vielva Ramos y don Ramón Revilla Vielva en la esmerada publicación que del monumento historiográfico en cuestión hicieron a expensas de la Diputación Provincial entre 1932 y 1942. Fernández de Madrid procuró que su versión del *Enchiridion* se desarrollase en una prosa sencilla y familiar, habitual manera de expresarse un predicador reputado como él era, y, por lo tanto, sabedor de cómo ser comprendido y cómo persuadir. Ese prurito de claridad, junto a un gusto delicado, aconsejó a Fernández de Madrid transmutar extraños adagios del original por proverbios vernáculos equivalentes en la traducción. Tal esquisitez no es única; del principio al fin campean los aciertos de forma en la labor del arcediano del Alcor. En cuanto al fondo, siempre que Fernández de Madrid tropezaba con un pasaje vidrioso, dejaba de ser fiel al autor para optar por alguno de los siguientes recursos: o atenuar las fórmulas audaces, o desarrollar el contenido de frases breves enigmáticas, o podar palabras agresivas, o añadir de su cosecha toques que aclararan y comentasen un pensamiento tortuoso; asimismo, cuando se encontraba un trozo o una imagen que plenamente le complacían, no resistía la tentación de dar rienda suelta a la propia exaltación y con metáforas y alusiones mitológicas fijaba la atención del lector. Fernández de Madrid debió de invertir en la traducción del *Enchiridion* un par de años: el 1524 y el 1525.

En el séquito de Carlos V nadie ignoraba lo que el canónigo pa-

---

y siervos de V. S. Rma., humildemente le suplico que pues *Dominus largus est, etc.*, que sea larguísimo V. S. Rma., a lo menos en que le haga merced de un corregimiento muy honrado, en que él hará el deber como qualquier buen caballero, y V. S. Rma. será cierto que terná en él verdadero criado, y por ello desde agora beso yo las manos y pies de V. S. Rma., cuya Ilma. persona, casa y estado Dios Nuestro Señor bienaventuradamente prospere y acreciente. En Palencia, XXVI de noviembre 1516.—Humilde servidor de V. S. Ilma., que sus pies y manos besa. G. de Bobadilla, Abad de Husillos.—El cardenal Cisneros, en efecto, invitó reiteradamente a Erasmo a venir a Alcalá de Henares; pero Erasmo nunca quiso aceptar. BATAILLON, M., *Érasme et l'Espagne, Recherches sur l'histoire spirituelle du XVI<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1937, pp. 82s.

lentino se traía entre manos, y mientras la noticia complacía a algunos, a otros profundamente les contrariaba. Entre éstos figuraba el confesor imperial, fray García de Loaysa, perteneciente a la Orden de Santo Domingo, quien representó alarmado los inconvenientes de poner al alcance del público ignaro un texto pernicioso, con dos episodios al menos netamente reprobables (1). Mas los cortesanos erasmófilos apoyaron la réplica que a las concretas objeciones de García de Loaysa abogó el Dr. Luis Coronel, secretario del Inquisidor General (2). Y en la primera mitad de 1526 apareció editado con aprobación del Santo Oficio el *Enquiridión o Manual del Caballero cristiano*, en lengua vulgar (3). La edición consta que se agotó rápidamente. En el verano fué precisa una segunda tirada, para la que Fernández de Madrid compuso una bella dedicatoria al Inquisidor General y arzobispo de Sevilla don Alonso Manrique: respaldaba así el *Enchiridion* bajo el patrocinio de un personaje tan influyente por sus cargos como por su prosapia, pues era hijo del gran maestre de Santiago, don Rodrigo Manrique, el hermano del poeta de Paredes de Nava, cuyas coplas cantaban, cantan y cantarán en la memoria de todos. En dicha dedicatoria el arcediano del Alcor discurría sobre la conveniencia de difundir obras cual el *Enchiridion* como preparación y antecedente para llegar a la Sagrada Escritura, que convenía poner en romance, aseguraba, si no entera, al menos el Nuevo Testamento.

Alonso Fernández de Madrid, recalcaré, limó las aristas más salientes y palió las estridencias más intencionadas. Con todo la publicidad de su traducción enardeció a los que tenían el *Enchiridion* por un explosivo con retardo. Silenciar esta oposición — como hacía Vergara en su carta a Vives desde Valladolid — equivale a una parcialidad poco escrupulosa. Limitándonos a Palencia, cabe registrar un significativo incidente acaecido el día de San Antolín de 1526. Su escenario fué la catedral, que rebosaba de fieles. Desde el púlpito, fray Juan de San Vicente,

(1) El *Monachus non est pietas* y algunas frases de la *Regla XX*. Cfr. sobre el particular las siguientes cartas de Erasmo de Rotterdam: a Beda (15 junio 1525), a la Sorbona (12 noviembre 1527) y a un amigo, las tres en ALLEN, P. S. y H. M., *Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami*, Oxford, 1906-1930, respectivamente, t. VI, Ep. 1581, l. 763-772; t. VII, Ep. 1902, l. 86-87; y Ep. 1903, l. 11-14.

(2) BATAILLON, *obra cit.*, p. 206.

(3) Dámaso Alonso cuidó la reimpresión que del mismo se hizo en el tomo XVI de *Anejos de la Revista de Filología Española*, con un prólogo de Marcel Bataillon, Madrid, 1932. El editor analiza atinadamente los procedimientos de traducción del arcediano del Alcor en las pp. 473 ss.

franciscano, prevenía a los oyentes contra Erasmo y sus opiniones, y al terminar prendió en el paño que rodeaba la sagrada cátedra un folio con sus conclusiones condenatorias y emplazó para el día siguiente, allí mismo, a cuantos quisieran discutir las. Fernández de Madrid dudó entre aceptar o rehusar el reto. Más se inclinaba a inhibirse. Pero la zozobra llevóle a la catedral aquel 3 de septiembre de 1526. A la hora precisa fray Juan de San Vicente apareció en público. Invitó a hablar a quien quisiese. Nadie osó levantar la voz. En vista de lo cual el franciscano leyó treinta proposiciones erasmianas, tomadas casi en su totalidad del *Enchiridion* y se puso a censurarlas con ardor. El arcediano del Alcor, trémulo de emoción, sin poder contenerse, saltó a la palestra. Mas su intervención defraudó a los espectadores, ya que se limitó a balbucear que el Inquisidor General había autorizado la impresión en castellano del *Enchiridion*. A fray Juan de San Vicente le fué fácil replicar que el Inquisidor General podía equivocarse, como de hecho en ese punto se había equivocado lamentablemente (1). Fernández de Madrid recurrió a sus amigos poderosos para que hiciesen callar a cuantos le hacían objeto de ataques furibundos.

Nada adelantó empero. Se sucedían sin interrupción las abominaciones contra Erasmo. En ocasiones los atacantes, ciegos de celo, se pasaban de raya, y caían en exageraciones grotescas que provocaban la reacción irónica de los adversarios. Valga de ejemplo lo sucedido en un pueblo palentino, imposible de precisar ya que nuestra fuente de información —adelantaré que sospechosa de parcialidad erasmiana— se limita a especificar la proximidad del mismo a la capital. En ese pueblo palentino un franciscano tronaba un sermón extraordinario contra Erasmo: «¿qué aguardan —prorrumpió— esos que constantemente llevan consigo el *Cherrión* o *Chicharrón* y le van leyendo de reunión en reunión y hasta a los transeúntes en las calles?; ¿ignoran acaso que días atrás la tierra abrió sus fauces y engulló al arcediano del Alcor?». Los oyentes se consternaron. Y consternados estaban al día siguiente cuando acertó a pasar por la aldea un bulero, quien enterado del caso comentó en tono zumbón: Cierto, fué así: mas se conoce que la tierra ha padecido un vómito, porque yo vi ayer en Palencia sano y salvo al arcediano del Alcor (2). Todos rieron, y sin duda el franciscano tam-

---

(1) Circunstanciadamente refiere Alonso Fernández de Madrid a Luis Núñez Coronel lo sucedido en carta fecha en Palencia a 10 de septiembre de 1526, ALLEN, *obra cit.*, t. VI, p. 497.

(2) Carta de Diego Gracián de Alderete a Juan de Valdés, Burgos, 23 de diciembre

bién y de la mejor gana, contrito de haberse dejado llevar en alas de la retórica fuera de la realidad.

Pese a la campaña contra el *Enchiridion* y contra Erasmo —campaña respaldada por nobles y plebeyos—, en Palencia un círculo minoritario se mantenía firme en su postura intelectual, y sostenía enérgico sus postulados. El arcediano del Alcor era acaso el mentor del cenáculo. A él debía pertenecer otro canónigo, Pedro Hernández, a juzgar por las enseñanzas que profesó en Medina de Ríoseco por encargo del almirante de Castilla hacia 1525 (1). Y no eran los dos citados los únicos capitulares que formaban en el restringidísimo grupo. ¿Estos canónigos, y con ellos los demás componentes de la facción palentina que nos ocupa, eran unos novadores en el sentido peyorativo del vocablo, esto es, unos desviados, unos heterodoxos? Con seguridad se puede pronunciar una rotunda negación: ni desviados, ni heterodoxos. ¿Qué eran entonces, pues? Sencillamente, unos de los incontables españoles en quienes los vientos renacentistas despertaron ansias de perfección. Antes he aludido al humanismo cristiano contraponiéndole al humanismo pagano, y diciendo de él que fué la base sobre la que se cimentó la Contrarreforma. Pues bien, Alonso Fernández de Madrid, Pedro Hernández y los demás secuaces eran humanistas cristianos, gente que buscaba en el estudio y la meditación directrices y orientaciones que les alentasen en su empresa. En Erasmo creyeron hallar un eco de propias aspiraciones; por eso se entregaron a sus obras con fruición, y aunque a veces les desplazaba el holandés con sus estridencias y salidas, estimaban que era conveniente dar a conocer sus tratados esenciales a los hispanos que no dominaban el latín, con las variantes y amputaciones consabidas, templadas las frialdades y eliminadas las impurezas.

Robustece la tesis que precede el contenido de una carta del arcediano del Alcor al mismísimo Erasmo de Rotterdam datada en Palencia a 13 de noviembre de 1527. Fernández de Madrid insta a Erasmo —cuya gracia parece encarecer con respetable dosis de encomios dedicados a su mayúscula vanidad— para que se declare terminantemente en favor de la confesión auricular; «si observas mi consejo —concluye el canó-

---

de 1527, ALLEN, *obra cit.*, t. VI, apéndice XVIII, n.º 3, introducción. PAZ Y MÉLIA, A., publica esa misiva, de sabor sectario, que yo he paliado en el texto, en *Otro erasmista español*, Diego Gracián de Alderete, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. V, Madrid, 1901, pp. 130-131.

(1) Cfr. BATAILLON, *obra cit.*, p. 198, nota 2.

nigo — satisfacerás incluso a los que aquí te son hostiles» (1). El arcediano del Alcor, pues, quiere mediatizar a Erasmo para utilizarle ulteriormente como instrumento de propaganda. Más claro aún, Fernández de Madrid busca en Erasmo un auxiliar subordinado para la consecución de objetivos preestablecidos. Por supuesto, el egocentrismo y la soberbia de Erasmo no le dejaron captar la intención de nuestro arcediano. Nos demuestra esto la carta de respuesta que del holandés llegó al palentino; una respuesta —valga el tópico— a lo Ollendorff (2).

### La corte cesárea en Palencia durante la crisis universal de 1527

Volvamos a Carlos V, a quien dejamos en Valladolid en 1522. Tres años después tenía lugar la batalla de Pavía, y en ella la derrota del ejército francés y la prisión de Francisco I. El resonante triunfo imperial sembró de pánico a Italia; los pequeños estados enclavados en esta península temieron verse absorbidos por el triunfador César. De Roma y de Venecia parte el requerimiento a todos los príncipes y repúblicas connacionales para unirse contra el presunto agresor. Francisco I tan pronto es puesto en libertad se une a los suspicaces apeninos; así surge la Liga de Cognac (22 mayo 1526). Estalla la guerra. A las tropas españolas que guarnecían el Milanesado se une un ejército alemán, y aquéllas y éste, conjuntamente, se dirigen hacia el sur. La falta de pagas aflojó la disciplina de estos soldados casi en su totalidad mercenarios, los cuales avanzaban rebosantes de furor. El 6 de mayo de 1527 comenzó el «saco» de la Ciudad Eterna. El Papa, Clemente VII, a duras penas consiguió refugiarse en el castillo de Sant'Angelo. El suceso conmocionó al mundo; Carlos V, al enterarse, fué herido de estupor. Estaba el Emperador en Valladolid donde acababa de nacer su primogénito,

---

(1) ALLEN, *obra cit.* t. VII, Ep. 1904. Fernández de Madrid remitió su epístola a Burgos, donde estaba la corte, para que fuese reexpedida a Basilea con algún correo oficial. Pero Alfonso de Valdés encontró la carta demasiado larga, y temiendo que tal como iba enojara al destinatario, «cargado de santas ocupaciones», y la apartase sin leerla, encargó a Gracián de Alderete que la abreviase, procurando imitar la grafía del arcediano del Alcor, a quien se dió cuenta de lo hecho. Así, en extracto, llegó la misiva a su destino. A. CASTRO recientemente se ha ocupado del conato erasmista español, estudiándole en sus raíces profundas, en un librito que intitula «*Aspectos del virir hispánico, espiritualismo, mesianismo, actitud personal en los siglos xiv al xvi*», Santiago de Chile, 1949.

(2) ALLEN, *obra cit.*, t. VII, Ep. 1909.

bautizado con el nombre de Felipe. Y como en Valladolid la peste estaba causando estragos, Carlos V decidió ponerse a salvo con su mujer y su hijo en la saneada Palencia. El 27 de agosto de 1527 penetraba la imperial comitiva en esta ciudad (1), donde sólo se dió acceso, del séquito, a los indispensables; al Consejo Secreto y a pocos más. El resto se dispersó por los alrededores. Los embajadores extranjeros fueron residienciados en Paredes. Algunos ministros en Becerril; otros en Dueñas; unos terceros en Torquemada. La cancillería se fijó en Cubillas de Cerrato.

Europa esperaba impaciente un gesto heroico de Carlos V en aquella crisis de la Historia Universal. Se susurraba por doquier que el Emperador, prolongando indefinidamente la ocupación de los Estados de la Iglesia, iba a acabar con el señorío temporal pontificio y a promulgar un arbitrio, mitad católico, mitad protestante, con el intento de soldar la escisión confesional de la Cristiandad. Se rumoreaba también que el Emperador, detentando facultades apostólicas, iba a convocar un concilio ecuménico. El Occidente pendía de lo que maduraba aquí, en Palencia. Y en Palencia, en efecto, se estaba librando una contienda sorda, pero trascendental. Los consejeros de Carlos V, divididos en dos bandos, pugnaban en estos instantes cruciales por imponer sus encontrados pareceres y obstaculizar los adversos (2). Mercurino de Gattinara, jefe de una de las parcialidades, estaba ausente (3); pero el lugarteniente, Alfonso de Valdés, vigilaba atento desde Cubillas de Cerrato. Y en Cubillas de Cerrato calmaba su nervosismo con el infalible sedante de la pluma. Así, en el ambiente rural de una aldea cerratense fué creado el inmortal diálogo, entre el caballero Lactancio y el arcediano del Viso, en torno al «saco» de Roma (4). El diálogo en cues-

(1) FORONDA AGUILBRA, *obra cit.*, pp. 295 y 296.

(2) RODRIGUEZ VILLA, A., *El Emperador Carlos V y su corte según las cartas de Don Martín de Salinas, embajador del infante Don Fernando (1522-1539)*, *Boletín de la R. Academia de la Historia*, t. XLII a XLVI, Madrid, 1903-1905. BAUMGARTEN, H., *Geschichte Karls V*, t. II, Stuttgart, 1888, p. 634. BRANDI, *obra cit.*, pp. 222 s.

(3) Un tanto disgustado, a fines de marzo de 1527 se apartó de la corte Mercurino de Gattinara. Ibase de vacaciones. A últimos de mayo, luego de pasar unos días en el imponente Montserrat, se embarcó hacia Italia. BRANDI, *obra cit.*, pp. 215 s.

(4) J. F. MONTESINOS en la *Introducción* puesta a la edición por él esmeradamente hecha del *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, en *Clásicos Castellanos de «La Lectura»*, Madrid, 1928, dice (p. 55) que la redacción del mismo «debe colocarse entre primeros de julio y primeros de septiembre», y por lo tanto hallándose el autor en Valladolid. BATAILLON (*obra cit.*, p. 415) sin rechazar la aserción de Montesinos, insinúa la posibilidad de que

ción contiene algo más —y más interesante— que una prosa magistral; encierra parcialmente el programa político y religioso que propugnaba uno de los dos partidos cortesanos antes significados.

Veamos. Según ese partido, en lo religioso, Carlos V, en calidad de Emperador, sin contar con el Papa, debía mediar conciliador entre católicos y protestantes, pues era factible llevarlos a un acuerdo sobre la base de mutuas concesiones. Ahora bien, Carlos V necesitaba como condición previa para desempeñar con éxito esa pacificadora intervención entre protestantes y católicos, ser dueño de los destinos de Europa, ser verdadero Emperador. Y verdadero Emperador lograría serlo únicamente después de domeñar los conatos nacionalistas de Francia y de Inglaterra, a la sazón aliados contra Carlos V so pretexto de ir a Italia para liberar a Su Santidad. Consiguientemente, la consigna política de la facción cortesana cuyos corifeos eran Gattinara y Valdés en aquella tesitura vivida en Palencia, podría enunciarse así: guerra con Inglaterra y con Francia, hasta lograr su vinculación obediente al Imperio.

Frente a Gattinara y Valdés, estaban en el séquito de Carlos V el dominico fray García de Loaysa y el franciscano fray Antonio de Guevara, cabezas de otro partido con propias aspiraciones políticas y religiosas (1). Loaysa y Guevara estimaban que Carlos debía proceder

---

Valdés escribiera el libelo a fines de agosto, estando en Cubillas. Así debió de ser en efecto, entre fines de agosto y principios de septiembre, ya que Alfonso de Valdés, nada avaro de confidencias, parece que sólo mostró el *factum* a colegas y amigos —Juan Lallemand, don Juan Manuel, Luis Núñez Coronel— a su llegada a Palencia en la segunda decena de septiembre, luego de haberse pasado un par de semanas (27 agosto-10 septiembre) en Cubillas de Cerrato. «Por consejo de don Juan Manuel —aseguró Valdés al nuncio Castiglione— enmendé dos cosas»; ahora bien, por carta de Diego Gracián de Alderete a Pedro Plaza, consta que Valdés aún no había retocado el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* antes de octubre de 1527. VER USOZ, L. de, *Reformistas antiguos españoles*, XVII (1863) pp. 559-562 y BATAILLON, *obra cit.*, p. 415, nota 4. —Establecido que fué en Cubillas donde se escribió el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, cobra algún fundamento la suposición apuntada por PAZ Y MÉLIA (*Otro erasmista español, Diego Gracián de Alderete*, *loc. cit.*, p. 134, nota 2) de que Valdés tomara del arcediano del Alcor el nombre con que bautizó a uno de sus dos muñecos, el arcediano del Viso.

(1) Valdés solía entretener sus ocios murmurando con el embajador polaco Juan Dantisco de los del bando de enfrente, de su falta de refinamiento, hasta de las rudezas y desaliños del latín que empleaban. Término de comparación con frecuencia usado entre ellos era «las mentiras que hay en el Marco Aurelio»; es decir, en el libro famoso de fray Antonio de Guevara. La recíproca animadversión entre Gattinara y García

contra el luteranismo identificado con el Pontífice, asistiendo a la Iglesia Jerárquica, y prescribían como más eficiente que tolerancias y transigencias el fuego y el hierro (1). Por otra parte consideraban urgente el empleo de esos cauterios antes que el mal se agravase; de ahí que instaran reiteradamente a Su Majestad Cesárea en pro de una concordia a toda costa con Francia e Inglaterra.

### Preliminares de paz frustrados

Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia habíanse comprometido en Amiens el 18 de agosto de 1527 a luchar mancomunadamente contra el imperialismo de Carlos V; mas para ganar tiempo, se propusieron entretener al enemigo con engañosas negociaciones. Con ese artero cometido se presentaron en Palencia sendos emisarios de Enrique de Inglaterra y de Francisco de Francia (2). Guevara y Loaysa alentaron sus gestiones. Alfonso de Valdés, adversamente, rugía de disgusto en Cubillas, lamentando que Gattinara no acabara de llegar de Italia. No dejaron, Valdés desde Cubillas y Gattinara que regresaba apresurado, de advertir al Emperador los torcidos propósitos de los mandatarios de Francia e Inglaterra; pero tales indicaciones no surtían efecto alguno neutralizadas por Loaysa y Guevara, quienes por su respectivo cargo de confesor y predicador del César se les había permitido traspasar el cerco sanitario que dificultaba la entrada y permanencia

---

de Loaysa era notoria; don Francesillo de Zúñiga se hace eco de ella en su *Crónica*, y con la habitual malicia, un tanto chocarrera, implícitamente dice de ellos «por que se quieren mucho». (*Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra*, t. XXXVI, Madrid, 1855, p. 49). En vano había intentado Carlos V, en 1526, aproximar a García de Loaysa y a Gattinara. (Paz y MéLIA, A., *El Embajador polaco Juan Dantisco en la Corte de Carlos V*, *Boletín de la Academia Española*, t. XI, Madrid, 1924, p. 430).

(1) García de Loaysa escribirá a Carlos V de los herejes de Alemania, desde Roma, a 8 de octubre de 1530: son pura y simplemente sediciosos, a los que hay que someter como sea; siempre los compararé a los comuneros de Castilla; y no se olvide que tratando a éstos blandamente y por medios más que honestos perdimos el tiempo... y no se acabó con ellos hasta tomar el cierto y perpetuo remedio de la guerra. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XIV, p. 88.—Cfr. CASTRO, A., *Antonio de Guevara; un hombre y un estilo del siglo XVI*, *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, t. I, Bogotá, 1941, pp. 46-67.

(2) VALDÉS, A. de, *Diálogo de Mercurio y Carón*, edic. J. F. Montesinos, *Clásicos castellanos de «La Lectura»*, Madrid, 1929, p. 114.

en Palencia hasta a los cortesanos más conspicuos. Hacia el 10 de septiembre, Valdés, alarmado por las noticias que trascendían a Cubillas de Cerrato, deja la aldea y corre a la ciudad, desde donde enseguida escribió a su íntimo Juan Dantisco, plenipotenciario de Segismundo I de Polonia Lituania, el cual se aburría en Paredes de Nava, que estaban acaeciendo en Palencia decisivos sucesos, cuya narración era más propia de una conversación tendida que de una esquila apresurada; sólo anticipaba el español al polaco este comentario: *hoc praestat inscitia, hoc praestat cuculla*, esto nos trae la tontería; esto nos depara la cogulla (1). La enconada expresión —reveladora de la fatuidad engréida de aquel burócrata literato— no hay duda que apuntaba a Loaysa. Y bien mirado, el punzante ex abrupto revela el fracaso de la venida precipitada de Valdés a Palencia. Porque a pesar de él, los oradores de Enrique de Inglaterra y Francisco de Francia llegaban a un convenio con Carlos V el 15 de septiembre de 1527. Los capítulos de ese concierto de Palencia no merecen siquiera ser enunciados, ya que nunca tuvieron vigor (2). El enviado galo y el enviado británico, a última hora, salieron

---

(1) Ver de las *Alfonsi Valdesii Litteras XL ineditas...* publicada por E. Boehmer en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, t. I, Madrid 1899, algunas de las dirigidas a Juan Dantisco, pp. 390, 391-392, 393 y 395. Valdés debió arribar a Palencia del peor humor; por eso encontró tan desagradable la ciudad, en la que difícilmente halló sitio donde hospedarse (ver la carta fechada a 10 de septiembre, p. 390).

(2) Alfonso de VALDÉS los reseña en su *Diálogo de Mercurio y Carón* (pp. 115 y 116 de la edición citada): «que se quitase de la capitulación de Madrid el capítulo que habla de la restitución de Borgoña, quedando su derecho a salvo al Emperador, y que el Rey de Francia le pagaría por su rescate dos millones de ducados de oro, de los cuales se descontasen lo que el Emperador debía de dineros prestados al Rey de Inglaterra, y demás desto, el Rey de Francia, conforme a la dicha capitulación de Madrid, tomava a su cargo de pagar al mismo Rey de Inglaterra lo que le debía el Emperador por razón de la indemnidad que le prometió passando por Inglaterra... Allende desto prometieron los franceses que antes de entregárseles los rehenes restituirían el Estado de Génova como era antes de ocupado y también lo que más hoviessen ocupado en Italia, conforme al capítulo segundo de la capitulación de Madrid... Quanto al Estado de Milán, el Emperador ofreció que nombraría jueces sin sospecha para que viessen de derecho lo que se debía hazer, y que si ellos declarassen estar el Duque Sforza sin culpa, el Emperador lo restituiría en su Estado y le daría la investidura dél, y si fuesse por ellos condenado, querría el Emperador usar y disponer de aquel Estado de Milán a su voluntad y como el derecho le otorga, y que en todo lo demás, excepto algunas cosas de poca importancia, se guardasse lo capitulado en Madrid». Pedro MEXÍA copia casi a la letra ese pasaje, relativo al convenio de Palencia, del *Diálogo de Mercurio y Carón* en su *Historia del Emperador Carlos V*, p. 473 de la edic. cit. El propio cronista observa (p. 531) como algunas cláusulas de los preliminares de Palencia pasaron al protocolo de la paz de las Damas (3 agosto 1529).

con la cantinela de que ellos no tenían carácter de plenipotenciarios, y por tanto necesitaban pedir a París y a Londres la ratificación de los preliminares acordados. Esa ratificación, es claro, jamás llegaría. Guevara y Loaysa tardaron en convencerse de que pese al tesón por ellos puesto, la guerra entre el nacionalismo galo-británico y el imperialismo carolino era inminente, y en cambio se aplazaba *sine die* la lucha del catolicismo contra el protestantismo. Así las cosas, a primeros de octubre llegó a Palencia, donde seguía la corte, el canciller, Mercurino de Gattinara. Carlos V lo recibió con significativa deferencia. Alfonso de Valdés y los demás amigos, respiraron satisfechos. Nada tenían que temer ya ni del confesor ni del predicador de Su Majestad; la estrella de éstos declinaba con celeridad, mientras que con celeridad ascendía Gattinara a la privanza (1).

### Planes bélicos presentados por Gattinara

En la mente del canciller bullían con efervescencia las antiguas ideas políticas y religiosas, y su ánimo alentaba esperanzas de un próximo triunfo de las mismas, un triunfo quizá inmediato. No ignoraba Gattinara que antes de nada era preciso entendérselas militarmente con franceses e ingleses conjuntamente. De ahí su preocupación por esbozar sin demora un plan bélico cuya meta era aplastar a los ingleses en su isla y a seguida dar cuenta de los franceses, aislados más acá del canal de la Mancha (2). Creo yo que fué en Palencia donde el canciller sometió a la aprobación de Carlos V ese proyecto ofensivo que, no obstante su magnitud, ha pasado inadvertido para cuantos investigaron esta etapa histórica. En el cual proyecto, por vez primera en la era moderna, se lucubró sobre un desembarco en la Gran Bretaña. Ya en vías de ejecución ese plan militar fué abandonado; pero cuando tal acaecía era tiempo que Carlos V había dejado Palencia camino de Burgos, yendo por Villamediana, Torquemada y Palenzuela (3).

(1) La esquila de Gattinara para Dantisco, datada en Palencia a 7 de octubre de 1527, denota ya por su tono que el canciller se considera dueño de la confianza del Emperador. PAZ Y MÉLJA. *El embajador polaco Juan Dantisco...*, loc. cit., t. XII, Madrid 1925, p. 82.

(2) Me remito a un libro propio de próxima aparición, *Relaciones políticas entre España y Polonia durante el siglo XVI*, capítulo II, apartado que se encabeza «El primer proyecto de la Edad Moderna para invadir Inglaterra. La misión de Schepper a Segismundo I Jagellon».

(3) FORONDA AGUILERA, obra cit., pp. 296 s.

## Una ceremonia significativa y muchas reuniones aleccionadoras

Al lado de los colosales acontecimientos acabados de narrar, los cuales esmaltan la estancia de Carlos V en Palencia entre el 27 de agosto y el 10 de octubre de 1527 (1), se siente escrúpulos de demasiada minuciosidad al fijar la atención en contingencias simultáneamente acaecidas. Y sin embargo, los detalles, bien observados, son reveladores. En efecto, reveladora es la ceremonia que tuvo lugar en la catedral palentina el día de Nuestra Señora de septiembre. Don Pedro Sarmiento, obispo de la diócesis, expresamente comisionado por breve pontificio, absolvió al alcalde de corte y a su actuario por haber ejecutado en el castillo de Simancas a un prelado sin proceder degradación ni deposición, y sin mandamiento del juez eclesiástico (2). No importaba que don Antonio de Acuña, prelado de Zamora, ahorcado en el castillo de Simancas, donde estaba preso por los desmanes cometidos durante las Comunidades de Castilla y donde asesinó al guardián encargado de su custodia, fuese rey de muerte vil. No importaba que el alcalde de corte y su actuario hubiesen procedido por mandato directo del soberano; nada era suficiente para excusar la divisoria que separaba el fuero seglar del fuero eclesiástico; quien atropellase esa valla, inexorablemente incurría en la pena canónica de cesación *a divinis*. Como incurrieron, por el especificado caso, Carlos V, el juez Ronquillo y el secretario que instruyó la causa del obispo Acuña. Los tres hicieron penitencia por su falta, hasta ser exonerados, y fueron exonerados, el primero, en Sevilla, en el convento de jerónimos; Ronquillo y el tercero, en Palencia, aprovechando la festividad de la Virgen de septiembre. El acto ritual se celebró en la capilla mayor de la catedral, a las once de la mañana, y a ella asistió toda la población. Si Carlos V presente en Palencia, consintió en dar esa publicidad a la expiación de una falta en la que él era sujeto principal, no cabe duda que su alma era piadosa y obedecía sumisamente la disciplina de la Santa Madre Iglesia. Por eso decía yo antes que rasgos insignificantes resultan expresivos si se escudriña atentamente su faceta más luminosa. Porque si Carlos V era piadoso y disciplinado, aunque la soldadeca a su sueldo hubiera hecho

(1) Carlos V algunos días salía por los alrededores de la capital palentina: estuvo en Mont del Rey (9 de septiembre), en Villaviudas y en Villamediana (26 de septiembre). *Apud* FORONDA AGUILERA, pp. 295 y 296.

(2) FERNÁNDEZ DE MADRID, *Silva Palentina*, t. II, pp. 128 y 129, referencias anotadas por don Matías Vielva.

estragos en la Ciudad Eterna, y Clemente VII, preso en Sant' Angelo, se viera constreñido a designar un legado para que viniese a España y aquí, en Palencia, suplicara generosidad al Emperador (1), aunque Gattinara y Valdés, en fin, cobrasen creciente influencia, Carlos V, educado en el seguro magisterio de Adriano de Utrecht, luego Adriano VI, nunca se aventuraría demasiado lejos por una senda desviada, heterodoxa.

Entre las efemérides que dieron color a la estancia del Emperador y su séquito en Palencia en 1527, merecen lugar aparte las relaciones de los cortesanos con los intelectuales locales. En la casa de Alonso Fernández de Madrid, el arcediano del Alcor, que debía ser de las más confortables de la ciudad, sita en la calle de Burgos, fué alojado don Juan Manuel, noble de prosapia y miembro preeminente del Consejo Secreto. Acababa este prócer de tomar a su servicio a Diego Gracián de Alderete, quien juntaba al talento para aprender idiomas y a la habilidad de consumado calígrafo, una solidísima formación clásica y una manía como otra cualquiera: la de escribir cartas. Por algunas de las incontables epístolas de Gracián de Alderete, nos enteramos que la morada —y la biblioteca— de Fernández de Madrid eran frecuentadas por los cortesanos que simpatizaban con Erasmo, y que allí se leía y comentaba al maestro (2). Quizá en estas asambleas ocasionales, el arcediano del Alcor y los demás concurrentes palentinos se apercibieron de que una sima teológica podía separar a quienes coincidían en la estimación a Erasmo (3). Y esa advertencia les hizo en adelante ser refle-

(1) Ese legado fué don Martín de Portugal. RODRIGUEZ VILLA, A., *Memorias para el asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial*, Madrid, 1875, pp. 247 s. HINOJOSA, R. de, *Los despachos de la diplomacia pontificia en España*, t. I. Madrid, 1896, p. 62.—K. BRANDI (*obra cit.*, pp. 222 y 223) resume el acta de una sesión que en Palencia celebró el Consejo Secreto del Emperador sobre la conveniencia de poner en libertad al Papa y el modo de hacerlo; Lallemand, que actuaba de secretario, apuntó específicamente el voto de cada uno de los consejeros presentes: De Praet, La Chaulx, Loaysa, Manuel, Nassau y Gattinara. Carlos V asistió a la reunión.

(2) BATAILLON, *obra cit.*, pp. 286 y 287. Cuando la corte fué de Palencia para Burgos, don Juan Manuel se llevó prestados por el arcediano del Alcor tres libros al menos: el *Contemplus Mundi*, atribuido a Gerson, y las versiones erasmianas del Nuevo Testamento y de los cuatro primeros salmos. Por cierto que según A. BONILLA y SAN MARTIN (*Erasmo en España (Episodio de la Historia del Renacimiento)*, *Revue Historique*, t. L, París, 1920, p. 469-471) Alonso Fernández de Madrid debe ser el anónimo que en 1531 tradujo los comentarios de Erasmo a los salmos *Beatus vir* y *Cum invocarem*, prefiriendo éstos, para comenzar, a los salmos dos y tres —declara—, en razón de su más rica substancia moral, y a su utilidad para «la reforma de nuestras vidas».

(3) Al libro esencial de Marcel Bataillon, tantas veces citado, cabe ponerle el serlo reparo de situar a cuantos en España sintieron interés por Erasmo en idéntico pla-

xivos y cautos, preservándoles así de algo que se cernía fatal, y que luego veremos.

## Carlos V en Palencia vísperas de la expedición a Túnez

El 10 de octubre de 1527 Carlos V dejó Palencia. No volvería a ella hasta 1534, en que huyendo de otra epidemia que azotaba a Valladolid, buscaba, igual que siete años antes, un refugio salubre y apacible. En el lapso transcurrido ¡cuántos cambios no había experimentado el séquito imperial y el mundo todo! Al lado del soberano, fallecidos Gattinara y Valdés, fray García de Loaysa ausente y fray Antonio de Guevara postergado, los que ahora brillaban eran Francisco de los Cobos y Nicolás Perrenot de Granvela, ambos capaces de ilimitado trabajo, pero de escasísima personalidad. Los palentinos que recordasen las tiranteces y acritudes ministeriales de 1527, contrastarían sorprendidos la normalidad con que se desenvolvía la corte cesárea en 1534. Carlos V mandaba, y sus áulicos, sin réchistar, obedecían. El absolutismo personal estaba en todo su apogeo. Y además, y sobre todo, Carlos V tenía precisadas sus aspiraciones imperiales. Estas no eran ya vagos anhelos, concepciones imprecisas, impulsos complejos; normas claras, precisas y fijas guiaban a Carlos V. Estaba resuelto a que Europa no se convirtiese para siempre en un conglomerado de Estados nacionales o territoriales, con fronteras infranqueables y objetivos independientes, sino que por el contrario, volviera a ser un conjunto coordinado bajo la casa de Habsburgo. Estaba resuelto también Carlos V a restaurar en Europa la unidad confesional, y ello no con un criterio laxo o ecléctico, como aún soñaban mentes anacrónicas (1), sino en aras de la estricta ecumenicidad católica y bajo los auspicios invariables del suresor de San Pedro. Los súbditos neerlandeses, germanos e italia-

---

no horizontal, sin distinguir entre ellos ni grados ni matices, lo cual es de todo punto insostenible. Américo Castro, mejor conocedor de la idiosincrasia hispana que el erudito profesor francés, apunta ideas sugerentes, en *Aspectos del vivir hispánico*, ya cit. sobre el particular.

(1) Juan de Valdés, hermano de Alfonso, todavía en 1535 tenía esperanzas de que el Emperador Carlos V, por sí y ante sí, iba a «aconchiar el mundo y reformar la iglesia»; sólo en 1536 cayó en la cuenta de su error. El desengaño sufrido parece que impelió a Juan de Valdés a renunciar a toda gestión política para exclusivamente consagrarse a la especulación religiosa. Cfr. *Cartas inéditas de Juan de Valdés al cardenal Gonzaga*, Introducción y notas por J. F. Montesinos, Madrid, 1931, pp. 41, CXII y CXVI.

nos de Carlos V, en general, como colectividades, no comprendían ni compartían ese su *idearium* cesáreo, y por tanto no estaban dispuestos a luchar por la consecución del mismo. En cambio, los españoles, y principalmente los castellanos, cada vez hallaban relación más estrecha, similitud mayor, entre la concesión imperial de Carlos V y las directrices patrias tradicionales, aquellas que a lo largo de ocho siglos habían permitido a sus antepasados no desmayar en la recuperación, palmo a palmo, del solar nativo hollado por el Islam. La generación comunera había caducado, lo que no quita para que quedasen algunos rezagados decrépitos y murmuradores.

Cuando en 1534 Carlos V, fugitivo de la desolada Valladolid, alcanzó nuestra ciudad el 27 de julio, estaba convencido de que únicamente los tercios españoles y los tributos de los resignados pecheros castellanos, serían capaces de imponer su ley política y religiosa en Europa. Por eso, durante los setenta días que en Palencia se retuvo, junto con la bella Emperatriz Isabel y los infantes, horro de negocios para evitar perniciosos contagios, únicamente se preocupó de acabar la captación de los españoles. Para halagar a éstos, para hacerles ver que no olvidaba el afán de cruzada latente en los pechos hispanos, estaba proyectando una expedición contra los musulmanes de Túnez. Tan sólo con ese fin llamaba al Consejo Secreto, que con el Real de las Indias y la Suprema y General Inquisición, estaba en Dueñas, o pedía informes al Consejo de Hacienda o a los contadores reales, que se hallaban en Becerril, o citaba a alguno de los diplomáticos que se encontraban en Paredes (1). El Archivo de Simancas custodia piezas comprobatorias de los asertos que preceden; yo he dado a conocer una bien elocuente, en cuya carpeta se lee: «La consulta de los judíos de Nápoles, en Palencia, a 7 de octubre de 1534». (2)

Estando en Palencia se alojaba la familia imperial en la morada señorial de la ciudad, que daba a la plaza mayor; y ahí, en la plaza mayor, dicha entonces «del azafranal», repetidamente se hicieron juegos de cañas y se alancearon toros en 1534. Carlos V, gustoso de complacer a los palentinos, se dignó clavar personalmente algunos rejonos. Y el 24 de septiembre tomó parte en el abigarrado y brillante torneo que se

---

(1) FERNÁNDEZ DE MADRID, *Silva Palentina*, edic. cit. t. II, p. 156; cfr. pp. 162 y 163, y 165. Es particularmente instructiva la correspondencia con el virrey de Nápoles don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, en 1534. Archivo General de Simancas, Estado, legs. 1017, 1018, 1019 y 1021.

(2) *La expulsión de los judíos de Nápoles*, *Hispania*, t. IX, Madrid, 1949, p. 206.

corrió en la floresta de don Diego de Osorio; esto es, en lo que hoy se llama la Isla, entre el cuérnago y el brazo principal del Carrión. El arcediano del Alcor hace del torneo una sabrosa reseña en la *Silva Palentina*; no cabe duda, Alonso Fernández de Madrid presencié el bullicioso espectáculo desde alguno de los miradores que se aderezaron al efecto en el soto de don Diego de Osorio (1).

Que Alonso Fernández de Madrid, el traductor de Erasmo, el corifeo del grupo de palentinos que gustaban de especular sobre la sustancia moral y sentían ansias de una reforma vital profunda, a 24 de septiembre de 1534, despreocupado, se solozase en un festival deportivo, es de la mayor significación. Supone, en primer lugar, que estaba en libertad. Y qué persona de su relieve no se encontrara entonces sometido a un proceso inquisitorial con todas sus consecuencias, significa que nunca había dado un solo paso en materia confesional, ya no erróneo, mas ni siquiera sospechoso (2). El Tribunal del Santo Oficio, nunca pecaba por omisión. Y el Tribunal del Santo Oficio desde 1530 venía realizando en España la más enérgica y minuciosa represión que registra su historial; los expedientes incoados se ramificaban en laberínticas trayectorias. La Inquisición, perseverante, sin precipitación, mas sin indolencia, recorría cuantas sendas se abrían en su camino. El tronco robusto del humanismo cristiano español era así desbordado de vástagos exóticos, y como exóticos, raquíuticos, para que creciera y se desarrollara sin impedimentos. Quede constancia que los palentinos aludidos constituían una veta sana, estimabilísima, del árbol en que fructificó la Contrarreforma. De otra forma la denuncia presentada al Santo

---

(1) Edic. cit. t. II, pp. 156-158.

(2) Ver las apreciaciones que A. CASTRO hace del arcediano del Alcor en esta etapa de madurez vital en *Revista de Filología Española*, t. XVIII, Madrid, 1931, p. 331, y, recientemente, en *Aspectos del vivir hispánico*, pp. 130 y 131. De pasada anotaré que en Juan von HöfdFlachsbander, natural de Danzig —de ahí su nombre más conocido, Dantisco— varios años residente en España como embajador de Segismundo I de Polonia-Lituania, lo cual no le confiere, es claro, raza ni temperamento hispano, se produce idéntica evolución ideológica que en Alonso Fernández de Madrid y otros muchos compatriotas del canónigo palentino: de erasmista devoto pasa a ser, avanzada su edad, ferviente católico romano. Ya mientras rigió la diócesis de Kulm, dió Dantisco señales del cambio espiritual experimentado; mas fué a poco de ser ascendido al arzobispado de Ermland (22 noviembre 1537), cuando tuvo el gesto de hacer pública retractación de los deslices pasados en un conmovedor *carmen paraeneticum* dirigido a Eustaquio von Knobelsdorff, que el autor hizo difundir entre los humanistas de toda Europa. FUNK, P., *Joann Dantiscus, Lexicon für Theologie und Kirche*, Friburgo, 1931, t. III, pp. 153 y 154.

Oficio de la Inquisición, por un tal Diego Hernández, contra «los canónigos de Palencia, finos lutheranos endiosados» (1), no hubiera sido desestimada.

## Adios nostálgico

En la primera decena de octubre de 1534, el Emperador Carlos V dejaba Palencia (2), y por Cigales, Portillo y Torreledones, se encaminaba a Madrid. Iba a emprender una contienda cuyo ámbito se extien-

(1) Diego Hernández, que figura como testigo de cargo en varios procesos inquisitoriales contemporáneos, «movida mi pluma —asegura el mismo— por una imaginación cristianísima, si no de la propia inspiración divina», compuso una relación de herejes ciertos o sospechosos, relación que tituló *Cobors sive factio lutheranorum*. Eran más de setenta los acusados, y a cada cual se le definía con una etiqueta que denotaba el grado de su presunta culpabilidad. El tercer lugar ocúpalo «Los canónigos de Palencia, finos lutheranos endiosados». M. SERRANO Y SANZ ha incluido la lista en cuestión en su artículo *Juan de Vergara y la Inquisición de Toledo*, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1901, pp. 910-912.—El arcediano del Alcor, Alonso Ferrández de Madrid, lejos de caer nunca en entredicho, fué en la catedral palentina; de la que continuó siendo capitular hasta su muerte (18 agosto 1559), el hombre de confianza, siempre designado por el cabildo para las representaciones y los cargos preeminentes que se ofrecían. Don Matías VIELVA, en el muy jugoso *Proemio* puesto a la *Silva Palentina*, señala la serie de comisiones eclesiásticas que fueron conferidas al arcediano del Alcor (t. I, pp. XI s.), anticipando y completando las noticias que más adelante contiene el texto y las notas (por ejemplo t. II, p. 145, nota 1; p. 159, nota 1; p. 160). Y aún creció el predicamento de Ferrández de Madrid cuando fué trasladado de la de Salamanca a la sede episcopal de Palencia don Luis Núñez Cabeza de Vaca, el cual ocupó ésta de 1537 a 1550. Y es que el arcediano tenía una antigua y cordial relación con el prelado. A instancias de Cabeza de Vaca, cuando todavía era obispo de Salamanca, había escrito el arcediano del Alcor la *Vida de Fr. Hernando de Talavera*. Ferrández de Madrid, más que una biografía del que fué su protector y maestro en la juventud, traza un retrato moral, un elogio de las virtudes que adornaron al preclaro arzobispo de Granada: asceta, apóstol, en una palabra, buen pastor. (BATAILLON, *obra cit.*, pp. 365 y 366). F. G. Olmedo, S. J., dió a luz en Madrid, 1931, el opúsculo, y don Matías Vielva, le incluyó en el lugar correspondiente de la *Silva Palentina* (t. II, p. 5-66), allí donde le había insertado el autor.

(2) FORONDA AGUILERA (p. 393), fija la partida de Carlos V de Palencia el 4 de octubre de 1534; el 5 le sitúa en Cigales, y del 6 al 8 camino de Madrid. Mas esos datos son incompatibles con la carta del Emperador al deán y cabildo de Palencia «dada en la villa de Valladolid, primero día del mes de octubre..., año de mil e quinientos e treynta y quatro años» (*Silva Palentina*, t. II, pp. 163-166) y con «La consulta de los judíos de Nápoles, en Palencia, a 7 de octubre de 1534» que se halla en el Archivo General de Simancas, Estado, legajo 1.018, núm. 58.

de a Europa entera, después de cubrirse de gloria en Túnez. Si le siguiéramos, contemplaríamos cómo él sostuvo unos principios elevados y grandes, enfrentándose con otros principios menos altos y más pequeños, pero que estaban apoyados por la mayoría; veríamos también, cómo Carlos V, aislado, sin el apoyo de ningún potentado, únicamente con el aliento de su hijo Felipe y con el valor abnegado de los españoles —así de los soldados como de los contribuyentes— consiguió algún triunfo rotundo, pero fugaz; presenciáramos por último cómo de renuncia en renuncia llegó al desenlace, el cual tuvo lugar en Bruselas entre fines de 1555 y comienzos de 1556: consistió en la abdicación. Carlos V daba por fracasada su gestión imperial, y no quería sobrevivirse políticamente a sí mismo. Poco después embarcaba para España. El 28 de septiembre de 1556 abordaba Laredo. Y de Laredo, por Burgos, venía a Valladolid para continuar, a través de Tornavacas, hasta Yuste. Toda congetura está vedada al historiador; mas es irresistible la presunción —con lo que termino— de que cuando Carlos avanzaba hacia su postrer morada, al llegar a la altura de Palencia, —a Palenzuela, a Torquemada, a Dueñas, respectivamente el 17, 18 y 19 de noviembre (1)— recordaría con nostálgica gratitud a la ciudad que en dos ocasiones, en 1534 y 1527, sirvió de asilo, puro de aires, al niño que a la sazón, hombre ya, Felipe II, era la esperanza de su prematura y desilusionada vejez; la ciudad donde en 1522, con la liquidación inicial del pleito comunero, entró en entrañable contacto con el pueblo generoso y caballeresco en cuyo solar, si no pudo elegir el lugar de su nacimiento, buscó un rincón donde preparar su alma en espera de la muerte.

---

(1) FORONDA AGUILERA, *obra cit.*, p. 657.

